

Pronunciando estas palabras se lanzó hácia la escalera, subió á su cuarto, abrió la ventana, y con los cabellos sueltos, los brazos estendidos al cielo y volviéndose hácia las montañas de Italia, hizo una imprecacion interrumpida por sus sollozos, como si hubiese creído que su voz podia ser escuchada por su amante en Roma; arrojó al jardin, haciendo un gesto desesperado, todas las cartas, cabellos, reliquias y recuerdos mutuos de su amor á Salucio. Llamando despues á su nodriza; “Baglia, gritó, vé á recoger todo eso y arrójalo en lo mas profundo del lago, despues de atarle una piedra para que las olas no traigan jamas ningun resto! Yo quisiera ahogar tambien los seis meses de amor y de delirio que he tenido por él!”

Lo nodriza obedeció murmurando é indignándose como Regina, de cuya cólera parecia participar. La pobre condesa Livia, pálida y silenciosa, sollozaba en su canapé, combatida entre la alegría de recobrar á su hija libre, y la vergüenza de verla abandonada por su amante!

Regina despues de aquel acceso de rabia, se arrojó en su cama y permaneció dos dias encerrada sin querer presentarse, descansando en los brazos de su nodriza, que trataba en vano de calmarla. Encontré dos ó tres veces aquella muger en la escalera y le pregunté por la salud de Regina. Ya ha recobrado su corazon, me respondió la transteverina en italiano, y curará su cólera con el desprecio! Si fuese yo, ya me habria curado con sangre!” La nodriza parecia mirar como la mas sangrienta de las afrentas, la generosidad de Salucio. Y cuando yo pronunciaba esa palabra: “No, no señor, me decia ella, no hay generosidad contra el amor! Cuando se ama en mi pais, se ama y no puede hacerse otra cosa. Vosotros los franceses no comprendéis la única virtud de un corazon del Tiber; el agua de vuestro pais deslava el corazon. Un romano habria arruinado y deshonorado á mi jóven ama; pero la habria amado hasta la muerte. ¡Lo desprecio demasiado!”

XXXIV.

Al tercer dia, apareció, en fin, Regina, muy pálida, pero tambien mas tranquila. Viéndome en el jardin, se acercó á mí colocando un dedo en su boca, como para manifestarme con aquella señal, que no despertase jamas su nombre en su oido. Parecia profundamente compadecida y aun enternecida al observar la espresion de tristeza y de ansiedad que habian cambiado mi rostro durante aquellos tres dias. “No os entregueis por mí al pesar, me dijo oprimiéndome la mano y mirándome con una espresion de solicitud y de confianza que descubria cien mil cosas en su pensamiento; su misma mano ha arrancado el dardo de mi corazon, y ya estoy curada! En la tumba de Clotilde, no fué Clotilde la que encontré, sino su fantasma! ¡Ese fantasma se ha desvanecido! ¡No, no era el hermano de Clotilde! tenia sus facciones, pero no su corazon!”

Dejando caer en seguida su mano, y volviéndose con vivacidad para alejarse de mi lado y continuar su camino hácia el lago: “Vos, sois quien habriais tenido su corazon,” dijo en voz baja.

En la tarde me suplicó que la condujese muy lejos, con el objeto de fatigarse en la montaña, y poder, á fuerza de cansancio, gozar un poco de sueño. Yo la obedecí. Caminamos desde las dos de la tarde hasta la entrada de la noche por las viñas, las quebradas y los bosques de castaños que cruzan en todas direcciones á los piés del Jura.

Sus tios, que habian llegado á Genova, debian ir por ella á la mañana siguiente, para conducirla á Roma por el camino de Valais y de Milan. Parecia que deseaba prolongar, lo mas que le fue-

se posible, el último día que le restaba que pasar conmigo. Era tan jóven, tan hermosa, lucían tanto en su cuerpo los rayos del sol, estaba tan bien colocada en aquel cuadro maravilloso del cielo, de los bosques y de las aguas; en el que la veía tan deslumbradora, y del que iba á verla desaparecer; era yo tan jóven y tan sensible á aquella belleza, que si no me hubiese visto contenido por las dos sombras que entre los dos se interponían (la de *** y la de Salucio), no habria podido resistir al atractivo, y hubiera ofrecido mi corazón á sus piés, como aquellas hojas desprendidas del árbol que pisaba al caminar.

Ella misma parecía buscar voluntariamente, mas bien que huir, del encuentro de las palabras ó de las miradas que hubieran podido conducir una confesion ó una esplosion de nuestros dos corazones. Una penosa incertidumbre pesaba sobre nuestra actitud y nuestra conversacion. La conduje hasta el patio de la casa, donde la sombra de los platanos y de las paredes aumentaba la oscuridad, sin haber descubierto con una palabra lo que en nuestro interior pasaba. Yo debia partir aquella noche. Se detuvo y se volvió hácia mí antes de subir las primeras gradas de la escalera.

—¿Y qué, no volveréis nunca á Roma? me dijo con una voz que temblaba con anticipacion, por lo que iba á contestarle.

—No, le respondí, no soy libre.

—¿Y dónde pasareis este invierno?

—En Paris, le contesté.

Entonces, tomándome por última vez la mano: Pues bien, yo soy libre, dijo, y yo iré allá.

Comprendí el acento de resolucion inflexible y apasionado con que pronuncio aquella especie de juramento interior, de volver á vernos.

—No, le respondí, no váyais nunca.

—Iré, dijo ella.

La noche fué triste y silenciosa en el salon de la condesa Livia, como lo es entre amigos la vispera de una eterna separacion.

El invierno siguiente recibí en Paris una carta de Regina, que me manifestaba que acababa de llegar, con su abuela, y que habian descendido, acompañadas de uno de los tíos de la jóven princesa, en el hotel de ***.

Volvimos á vernos en Paris.



Segun lo ofrecí en la nota que se halla al calce de la página 93, pongo aquí la traduccion de la poesia titulada:

LA FUENTE EN EL BOSQUE.



Fuente bulliciosa y pura,
Que brotas de hendida roca
Sobre el lecho de verdura
Que tu clara linfa toca.

El mármol que antiguamente
Aprisionó tus primores,
Deja escapar tu corriente
Sobre una alfombra de flores;

Y ya el Delfin enmohecido
No arroja en plumas vistosas,
Formando un iris lucido
Las tus aguas espumosas.

Sombra y templo venerado
Te dan sabinos hermosos,

Que inclinan hácia tu lado
Sus troncos fuertes, nudosos.

Hojas que otoño abandona
Caen á tu seno amarillas;
Y el verde musgo corona
De tu estanque las orillas:

Mas no cesas de correr,
Cual los corazones buenos
Que ocultos saben verter
Consuelo en males agenos.

Sobre tu orilla inclinado
Miro tus ondas azules
Filtrar como rocío amado
Entre las guijas que pules.

Y de tu gota armoniosa
Escucho el sonido eterno
Como una voz melodiosa
Que corta un suspiro tierno.

A este ruido con presteza
Mi juventud juzgo ver,
Llenándome de tristeza
Gratos recuerdos de ayer.

¡Ay! cuántas veces, si vieras,
A tan dulce murmurar,
He buscado tus riberas
Para vivir ó llorar.

¡Cuántas pasadas escenas
Se mezclaron con tu ruido!
Y ¿cuál de mis tristes penas
Con tus ondas no ha corrido?

Yo soy aquel que algun dia
Miraste venir ufano,
Y quien tus olas movia
Con tierna y ligera mano.

El mismo que adormecido
Bajo este bello arbolado,
Por las gotas de tu fluido
Sus ensueños ha contado.

De esa edad la primera hora
Brillaba como la nube,
Que el alba risueña dora,
Y en la tarde negra sube.

Despues lleno de tristeza
Deplorando acerbos males,
Vine á apoyar mi cabeza
En la roca de que sales.

Sumido en desdicha cruenta
Mis ojos te contemplaban;
Y cual gotas de tormenta,
Mis lágrimas te enturbiaban.

Solo en tus ecos queria
Exhalar mi pena ardiente,
Pues tu gemir respondia
A mi gemir, ¡cara fuente!

Como entonces, vengo ahora
Con intento irresistible
A escuchar tu voz sonora
Y á gozar sombra apacible;

Mas mis ideas estraviadas
No siguen ya tus corrientes,

Cual las hojas desecadas
Que llevas á los torrentes.

De un mundo que lo importuna
Vuelve á tí mi pensamiento,
Y á la luz de casta luna
Se recoge en un momento.

Olvidando el rio caudal
A do tu curso te envia,
Remonto en cada ramal
Hasta el dedo que te cria.

Te miro hija de las nubes
Flotando en vagos vapores,
Que con las tormentas subes
Que destilas en las flores;

Veo que en las peñas sedientas
Desparecen tus raudales,
O el césped en gotas lentas
Bebe tus mansos cristales.

Filtras, perla virginal,
Por el misterioso suelo
Hasta que tu onda sea igual
Al brillante azul del cielo.

¡Apareces! Con tu aliento
Vida al desierto derramas,
Y por sombrearte, contento
Estiende el árbol sus ramas.

Te saluda el ave en coro
Y el hombre, este ser arcano,
Te recoge en copa de oro
O en el hueco de su mano.

Tu murmullo encantador
Dice al ave pasajera:
“El mandato del Creador
“Para tí correr me hiciera.”

“De Dios la mano aquí mira,”
A mi alma le dices luego;
“Esto que el ángel admira,
“De su poder solo es juego.”

Mi corazon hácia él
Preparas con dulce encanto:
De natura el amor fiel
Es un himno á su Autor santo.

De tus ondas al sonido
Conozco que se levanta
Cierta acento conmovido
Que en mí lo anuncia y lo canta.

Y el alma llenan sin cuento
Las ideas de un Ser tan bueno;
Desbordarse mi amor siento
Por no haber ya en mi seno.

En fin, ardiente lo imploro
Espresando lo que pienso;
Y digo: ¡“Tú á quien adoro,
Ten mi llanto por incienso!”

Ahora me miras en suma
Diferente del de ayer:
¡El cisne muda de pluma,
Se ven las hojas caer!

Pronto hácia tí inclinaré
Mi débil y cana frente,

Y algun ramo arrancaré
Para que mis piés sustente.

Sobre tus bordes sentado
Mi fin miraré venir
Tranquilo, pues me has mostrado
Cómo se debe morir.

Viendo que huyen de contino
Tus ondas sin mas volver,
“He aquí,” me diré, “el camino
Que mis dias han de correr.”

¿Cuántos me quedan?..... ¿Qué importa?
Veo dónde vas á parar,
Pues nuestra vida se acorta,
Corre agua sin descansar.

FIN.



